

mamita

M. R.

la Bruja

Malentraña

20 Cts.



N.º
9

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSAL

mamita

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D. Santiago

Año I. N.º 10. Santiago de Chile, 21 de agosto de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Subscripción anual \$ 9.—

¡YA SON 7 LOS PREMIOS!

Nuestro concurso del 24 de diciembre es ya un éxito. A continuación, nuestros lectorcitos se podrán imponer de los premios con que contamos hasta el momento. En cada número daremos a conocer otro hasta completar.

\$ 5,000 EN JUGUETES, OBJETOS Y DINERO.

Lista de premios:

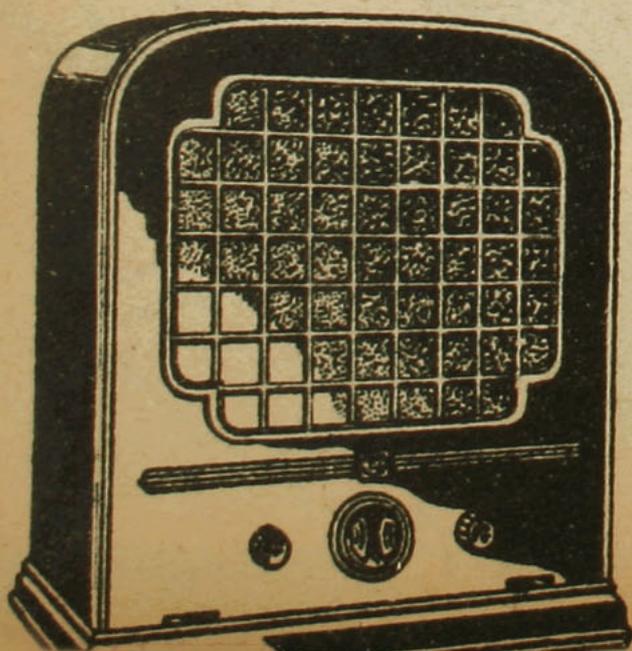
- | | |
|---|--------|
| 1º—Un aparato receptor de radio de la excelente marca TELEFUNKEN, obsequiado por sus importadores, Siemens Schukert Ltda. Valor | \$ 550 |
| 2º—UN MECCANO, obsequio de la Juguetería Principal. Ahumada, 19..... | \$ 85 |
| 3º—UN JUEGO SOLDADOS de guerra, obsequio del BAZAR "EL GLOBITO". Avenida Matta, 1042..... | " 60 |
| 4º—Un juego de soldados en su preciosa caja, donado por "EL GLOBITO". Avenida Matta, 1042..... | " 60 |
| 5º Una cocina con su linda batería de aluminio, regalo de "EL GLOBITO". Avenida Matta 1042 | " 45 |
| 6.º—Una preciosa muñeca de loza, obsequio de la JUGUETERIA PRINCIPAL. Ahumada, 19..... | " 35 |
| 7º—Un servicio de té para niñas, regalo de "EL GLOBITO". Avenida Matta, 1042..... | " 40 |

BASES DEL CONCURSO:

1.º—El concurso se efectuará por canje de cupones. Estos cupones serán numerados, y será necesaria la presentación de series completas para su canje por números para el sorteo.

2.º—Se obsequiarán diez números a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en los concursos semanales, 7 al 2.º y 5 al 3.º Se obsequiarán 3 números a los que obtengan menciones honrosas.

3.º—Por cada subscripción anual ordenada a partir del 1.º de agosto





La Bruja Malentraña



EN un reino vivía una vez un comerciante con su mujer y su única hija, llamada Florinda. Al cumplir la niña los ocho años, enfermó la madre y, presintiendo su próxima muerte, llamó a Florinda, le dió una muñequita y le dijo: —Escucha, hijita mía, y acuérdate bien de mis últimas palabras. Yo me muero y con mi bendición te dejo esta muñeca. Guárdala siempre con cuidado, sin mostrarla a nadie, y cuando te suceda alguna desdicha, pídele consejo.

Después de haber dicho estas palabras, la madre besó a su hija, suspiró y se murió.

El comerciante, al quedarse viudo, se entristeció mucho; pero pasó tiempo, se fué consolando y decidió volver a casarse. Era un hombre bueno y muchas mujeres lo deseaban por marido; pero entre todas eligió una viuda que tenía dos hijas de la edad de Florinda y que en toda la comarca tenía fama de buena madre y de dueña de casa modelo.

El comerciante se casó con ella, pero pronto comprendió que se había equivocado, pues no encontró la buena madre que para su hija deseaba. Florinda era la joven más hermosa de la aldea; la madrastra y sus hijas, envidiosas de su belleza, la mortificaban continuamente y le imponían toda clase de trabajos para ajar su hermosura a fuerza de cansancio y para que el aire y el sol quemaran su cutis. Florinda soportaba todo con resignación. Era alegre y viva como un picaflor y

cuanto le ordenaban que hiciera lo hacía cantando. Cada día crecía en hermosura, mientras que las hijas de la madrastra, a pesar de estar siempre ociosas, se afeaban, porque de no hacer ejercicios se ponían como tinajas y la envidia que le tenían a Florinda se les traslucía en lo agrio de la cara y en el color amarillo que tenían.

Así pasaron algunos años y las muchachas llegaron a la edad de casarse. Todos los jóvenes de la ciudad solicitaban la mano de Florinda, sin hacer caso de las hijas de la madrastra. Esta, cada vez más enojada, contestaba a todos:

—No se casará la menor antes de que se casen las mayores.

Y después de haber despedido a los pretendientes, se vengaba de la pobre Florinda con golpes e injurias.

Un día, el comerciante tuvo necesidad de hacer un viaje y se marchó. Entretanto,

la madrastra se fué a una casa de campo de su marido, casa que se hallaba cerca de un bosque en el que, según decía la gente, aunque nadie la había visto, vivía la terrible bruja Malentraña. Nadie se atrevía a acercarse siquiera, a esos lugares, porque Malentraña se comía a los niños como si fueran pollos.

Después de instaladas en el nuevo alojamiento, la madrastra, con diferentes pretextos, enviaba a Florinda al bosque con frecuencia, pero a pesar de todas sus astucias, la joven volvía siempre a casa, guiada por la Muñequita, que no permitía que se acercara a la cabaña de la terrible bruja.

Llegó el otoño, y un día la madrastra dió a cada una de las tres muchachas una labor: a una le ordenó que hiciese encajes; a la otra que tejiera un chal de lana

y a Florinda la mandó que amasara y preparase el pan para toda la familia.

Dispúsose a obedecer Florinda y cuando ya tenía la harina lista, vió que no había en la casa ni una gota de levadura.

—Tienes tú que ir en busca de levadura —le dijeron las dos hermanas—; anda hasta la choza de Malentraña. ¡Anda a traerla!



Echó a andar por un senderito, bosque adentro...

Y, al decir esto, echaron a Florinda de la casa. Era ya entrada la noche y no sabía qué hacer la niña. Felizmente, en el bolsillo de su delantal llevaba la Muñequita; recordó entonces el consejo de su madre y le preguntó:

—Muñequita, ¿qué debo hacer? Me mandan a buscar levadura a la choza de Malentraña, y ésta me comerá. ¡Pobre de mí!

—No tengas miedo—le repuso la Muñequita—, ve donde te mandan; pero llévame siempre contigo. Ya sabes que no te abandonaré en ninguna ocasión.

Florinda entonces echó a andar por una veredita, bosque adentro. La pobre iba temblando, cuando de repente pasó rápidamente por delante de ella un jinete blanco como la nieve, vestido todo de blanco, montado en un caballo blanco y con arneses blancos; en seguida empezó a

amanecer. Siguió su camino y vió pasar otro jinete rojo, vestido de rojo y montado en un corcel rojo y en seguida empezó a levantarse el sol. Durante todo el día y toda la noche anduvo Florinda, y sólo al tardecer del día siguiente llegó al claro donde se hallaba la choza de Malentraña; la cerca que la rodeaba estaba hecha de huesos humanos rematados por calaveras; las puertas eran canillas; los cerrojos, manos y la cerradura, una boca con dientes.

Florinda se llenó de espanto. De pronto, apareció un jinete todo negro, vestido de negro y montando un caballo negro, que al aproximarse a las puertas de la choza de Malentraña desapareció como si le hubiese tragado la tierra. En seguida, se hizo de noche. No duró mucho la obscuridad; de las cuencas de los ojos de todas las calaveras salió una luz que alum-

bró el claro del bosque como si fuese de día. Florinda temblaba de miedo y, no sabiendo donde esconderse, permaneció quieta.

De pronto, se oyó un tremendo alboroto; los árboles crujían, las hojas secas estallaban y la espantosa bruja Malentraña apareció saliendo del bosque montada en un mango de escoba. Acercóse a la puerta, se detuvo, y olfateando el aire, gritó:

—¡Huele a carne humana! ¿Quién está ahí?

Florinda se acercó a la vieja, la saludó con mucho respeto y le dijo:

—Soy yo, abuelita; las hijas de mi madrastra me han mandado que venga a pedirle levadura.

—Bueno—contestó la bruja—. Las conozco bien. Quédate en mi casa y si me sirves a mi gusto, te daré la levadura.

Luego, dirigiéndose a las puertas, exclamó:

—¡Ea, mis fuertes cerrojos, ábranse!
¡Ea, mis anchas puertas, déjenme pasar!

Las puertas se abrieron; Malentraña entró silbando, acompañada de Florinda y las puertas se volvieron a cerrar solas. Una vez dentro de la cabaña, la bruja se echó en un banco y dijo:

—Tengo hambre. ¡Sírvenme toda la comida que esté en el horno!

Florinda comenzó a sacar la comida del horno y a servírsela a Malentraña; era tan abundante la comida que hubiera podido satisfacer el apetito de un regimiento; después trajo de la bodega vinos, cerveza, aguardiente y otras bebidas. Todo se lo comió y se lo bebió la bruja y a Florinda le dejó tan sólo un poquitín de puchero y una cortecita de pan.

Se preparó a acostarse y dijo a la niña:



Representaba tres jinetes: el jinete blanco del día, el rojo del sol y el negro de la noche oscura...

—Mañana tempranito, después que me marche, tienes que barrerme el patio, limpiar la cabaña, preparar la comida, lavar la ropa y luego tomarás del granero un almud de trigo y lo limpiarás de toda semilla extraña que tenga. Procura hacerlo todo, porque si no, te comeré a ti.

Después de esto, Malentraña se puso a roncar, mientras que Florinda, poniendo ante la Muñeca las sobras de la comida y vertiendo amargas lágrimas, le dijo:

—Toma, Muñequita mía, come y escúchame. ¡Qué desgraciada soy! La bruja me ha encargado que haga un trabajo para el que harían falta cuatro personas y me amenazó con comerme si no lo hago todo.

La Muñeca le contestó:

—No temas nada, Florinda; come, y, después, acuéstate; mañana arreglaremos todo.

Al día siguiente, se despertó Florinda muy temprano, miró por la ventana y vió que se apagaban ya los ojos de las calaveras. Vió pasar y desaparecer el jinete blanco, y en seguida amaneció. Malentraña salió al patio, silbó como una serpiente, y ante ella apareció el palo de la escoba. Pasó a todo galope el jinete rojo e inmediatamente salió el sol. La bruja se sentó sobre el mango de la escoba y salió del patio, volando.

Florinda se quedó sola, recorrió la cabaña, se admiró de ver las riquezas que allí había y se quedó indecisa sin saber por cuál trabajo empezar. Miró alrededor y vió que de pronto todo el trabajo aparecía hecho; la Muñequita estaba separando los últimos granos de trigo limpio.

—¡Oh, mi salvadora!—exclamó Florinda—. Me has librado de ser comida por Malentraña.

—No te queda más que preparar la comida—le repuso la Muñeca, al mismo tiempo que se metía en el bolsillo de Florinda—. Prepárala y descansa luego de tu labor.

Tan feliz se sintió de la ayuda de su Muñequita, que Florinda principió a cantar como antes. Nunca en esa choza se había oído canto humano de ninguna especie, así es que los pocos pájaros que pasaban volando se detenían a escucharla.

Al anochecer, puso la mesa, esperando la llegada de Malentraña. Ya anohecia cuando pasó rápidamente el jinete negro, e inmediatamente obscureció por completo; sólo lucieron los ojos de las calaveras. Luego crujieron los árboles, estallaron las hojas y apareció Malentraña, que fué recibida por la joven.

—¿Está todo hecho?—indagó la bruja.



Florinda comenzó a sacar
toda la comida que había
en el horno y a servirla
a Malentraña.

Addeuarts

—Examínelo todo usted misma, abuelita.

Malentraña recorrió toda la casa y se puso de mal humor por no encontrar motivo para regañar a Florinda.

—Bien—dijo al fin, y se sentó a la mesa. Luego, exclamó:

—¡Mis fieles servidores, venid a moler mi trigo!

En seguida se presentaron tres pares de manos, cogieron el trigo y desaparecieron.

—¿Por qué no me cuentas algo?—preguntó a Florinda, que silenciosamente le servía la comida—. ¿Eres muda?

—Si usted me lo permite, le preguntaré una cosa.

—Pregunta; pero ten en cuenta que no todas las preguntas redundan en bien del que las hace. Mientras más se sabe, más viejo se es.

—Quiero preguntarle, abuelita, lo que he visto mientras caminaba por el bosque. Me adelantó un jinete todo blanco, vestido de blanco y montado sobre un caballo blanco. ¿Quién era?

—Es mi Día Claro—contestó la bruja.

—Más allá me alcanzó otro jinete todo rojo, vestido de rojo y montando un corcel rojo. ¿Quién era?

—Es mi Sol Radiante.

—¿Y el jinete negro que encontré cerca de su puerta?

—Es mi Noche Oscura.

Florinda se acordó de los tres pares de manos, pero no quiso preguntar más y se calló.

—¿Por qué no preguntas más?—dijo Malentraña.

—Esto me basta. Me ha recordado usted misma, abuelita, que cuanto más sepa, seré más vieja.

—Bien—repuso la vieja—, bien haces en preguntar sólo lo que has visto fuera de la choza y no dentro, porque no me gusta que los demás se enteren de mis asuntos. Y ahora, te preguntaré yo también. ¿Cómo conseguiste cumplir con todas las obligaciones que te impuse?

—La bendición de mi madre me ayuda—contestó la joven.

—¡Oh! lo que has dicho! ¡Vete en seguida, hija bendita! ¡No necesito almas benditas en mi casa! ¡Fuera!

Y expulsó a Florinda fuera de la cabaña. La expulsó también fuera del patio; luego, tomando de la cerca una calavera con los ojos encendidos, la clavó en la punta de un palo, se la dió y le dijo:

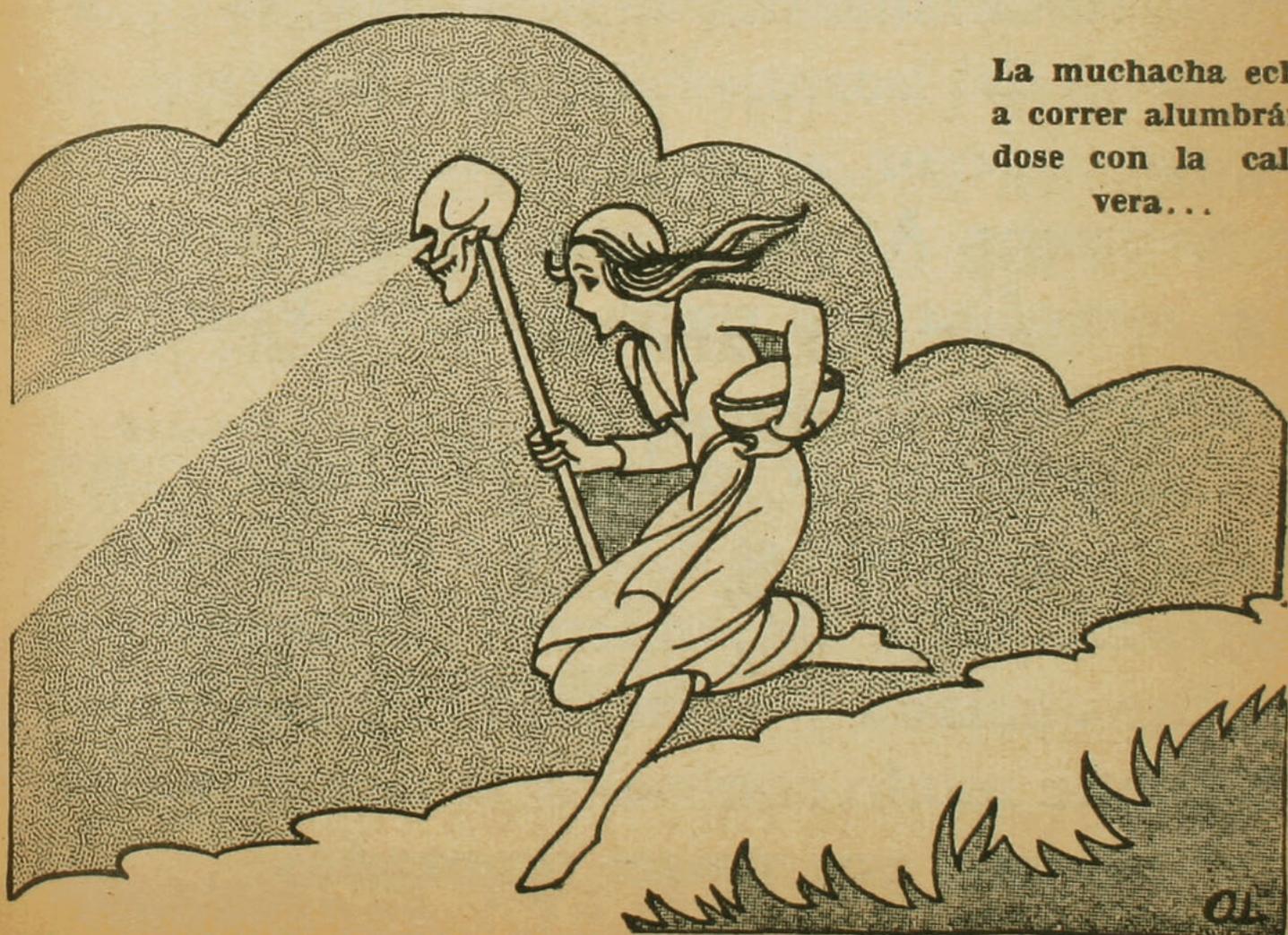
—Toma esta luz para que salgas del bosque, tómala y llévatela. Y en cuanto a la levadura que te encargaron tus hermanas, aquí la tienes—y le puso en la mano

un pocillo con una masa blanquecina adentro.

La muchacha echó a correr alumbrando su camino con la calavera, que se apagó ella sola al amanecer y se hizo polvo en cuanto la tocaron los rayos del sol. A la caída de la tarde, llegó a su casa.

La acogieron presurosas su madrastra y sus hermanas y le contaron que desde el

La muchacha echó a correr alumbrándose con la calavera...



momento en que se había marchado no tenían pan, ni siquiera bizcochos, porque masa que ponían al horno, se quemaba o desaparecía.

—Acaso la levadura que traigo, permita hacer un buen pan—dijo Florinda.

Inmediatamente se pusieron a prepararlo. Resultó un pan tan apetitoso que la madrastra y las hermanas, deseosas como estaban de comerlo, lo probaron en cuanto salió del horno. Ellas que lo comieron y que cayeron al suelo, presas de dolores espantosos. Al poco rato, a pesar de todos los remedios que pudo hacerles Florinda, estaban sin vida.

Asustada, la pobre Florinda, cerró la casa con llave, se dirigió a la ciudad más cercana, pidió alojamiento en casa de una pobre anciana y se instaló allí esperando de algún modo comunicarse con su padre, que viajaba por países ignorados.

Un día, la joven dijo a la anciana:

—Me aburro sin trabajar, abuelita. Cómprese de la mejor lana e hilaré para matar el tiempo.

La anciana compró la lana y la muchacha se puso a hilar. El trabajo avanzaba con rapidez y la hebra salía igualita y fina como un cabello. Pronto tuvo un gran montón, suficiente para ponerse a tejer; pero era imposible encontrar un telar. La muchacha pidió, entonces, ayuda a su Muñequita y ésta en una sola noche le preparó un buen telar.

A fines de primavera, la lana estaba transformada en un tapiz tan hermoso que nunca se vió otro más lindo. Representaba su dibujo un bosque y por él atravesaban uno detrás de otro, tres jinetes: el jinete blanco del día, el rojo del sol y el negro de la noche obscura.

—Venda, abuelita, el tapiz y guárdese el dinero.

La anciana miró la alfombra y exclamó:

—No, hijita, este paño, salvo el Rey, no puede comprarlo nadie. Lo enseñaré en palacio.

Se dirigió a la residencia del Rey y se puso a pasear por delante de las ventanas del palacio.

El Rey la vió y la hizo llamar.

—¿Qué vendes, viejecita?

—He traído conmigo una mercancía tan preciosa que no quiero mostrar a nadie más que a su Sacra Real Majestad.

Al ver el tapiz, el Rey se quedó admirado.

—¿Qué quieres por él?—preguntó.

—No tiene precio, Majestad. Lo he traído cómo regalo.

—¿Lo has hecho tú misma?

—No soy yo, Majestad, quien ha hilado y tejido la lana, ni hecho el dibujo, ni buscado los colores; es labor de una hermosa joven que vive conmigo.

Llamó el Rey a uno de los pajes; hizo que le trajeran un cofre con vestidos y otro con alhajas y ordenó:

—Acompaña a esta buena anciana a su choza, hazle llevar es-

Tomó a Florinda de la mano, la sentó a su lado...



tos regalos a la joven que tejió el tapiz, y si ella es de tanta hermosura como dicen, que se engalane con los trajes y las joyas y acompañaala a palacio.

Así lo hizo el paje, y al día siguiente estaba de vuelta en el palacio del Rey trayendo consigo a Florinda, bella y radiante más que las flores y que las estrellas.

Apenas el Rey la vió, se enamoró de ella.

—Hermosa joven—le dijo—, tu tapiz es primoroso, pero tú eres cien veces más bella que el tapiz. No me separaré de ti, porque serás mi esposa.

Entonces tomó a Florinda de la mano, la sentó a su lado y aquel mismo día celebraron la boda.

Cuando volvió el padre de Florinda, tuvo una gran alegría al conocer la suerte de su hija. Se presentó a palacio y el Rey

le permitió que se quedara allí con todos los honores del padre de la Reina.

En cuanto a la anciana, la joven también la tomó a su cuidado y la Muñequita la guardó para entregarla con su bendición a la primera hija que Dios le mandase.

Y vivieron el Rey y la Reina muchos años y fueron muy felices.

L A A G U J A

(Letra de la Música Publicada en el Número 7 de
"MAMITA")

*Un tesoro del taller
es la aguja de coser.*

*y gentil la mano amable
el trabajo acabará.*

*Tan brillante y tan pequeña
no la cansa trabajar,
por tarea que le pongas
ella no se ha de quejar.*

*Si la mano de hacendosa
se te vuelve perezosa,
otra vez cuando la cojas
ya no te obedecerá.*

*Muy sutil su cabellera,
en tu honor se acortará*

SITJA Y PINEDA.

P. L. T. Ana Canalias.

LAS HORMIGAS

A Dolores Miralbell Centeno

Narcisa Freixas

ALLEGRETTO

Co - mo hacen las hormigas de - be - mos tra - ba - jar como
Son ciencia pan y glo - ria de que es trabaja - dor y el

p *pp*

trigo que es -- parece el sembra --- dor da -
trigo que es -- parece el sombra --- dor y -

rit a TEMPO

ellas dili - gen -- tes el tiempo aprove - char. Las letras como el
hombre que las a -- ma es cada vez me - ior. Las letras son el

POCO CRESC

rán ciento por u - no al que les tenga a - mor.
dan ciento por u - no al que les tenga a - mor.

p

Concurso de Dibujos de

mamita

M. R.

Obsequiamos 10 cupones para el Sorteo de Navidad a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en nuestros concursos semanales, 7 al que obtenga un segundo premio, 5 al que merezca un tercer premio y 3 a los que obtengan menciones honrosas.

Envíe su dibujo iluminado a: Dirección de la revista "MAMITA", Casilla 84 D, Bellavista 069, Santiago.

Córtese por las líneas de puntos.

Nombre del dibujante

Dirección

CUPON

mamita

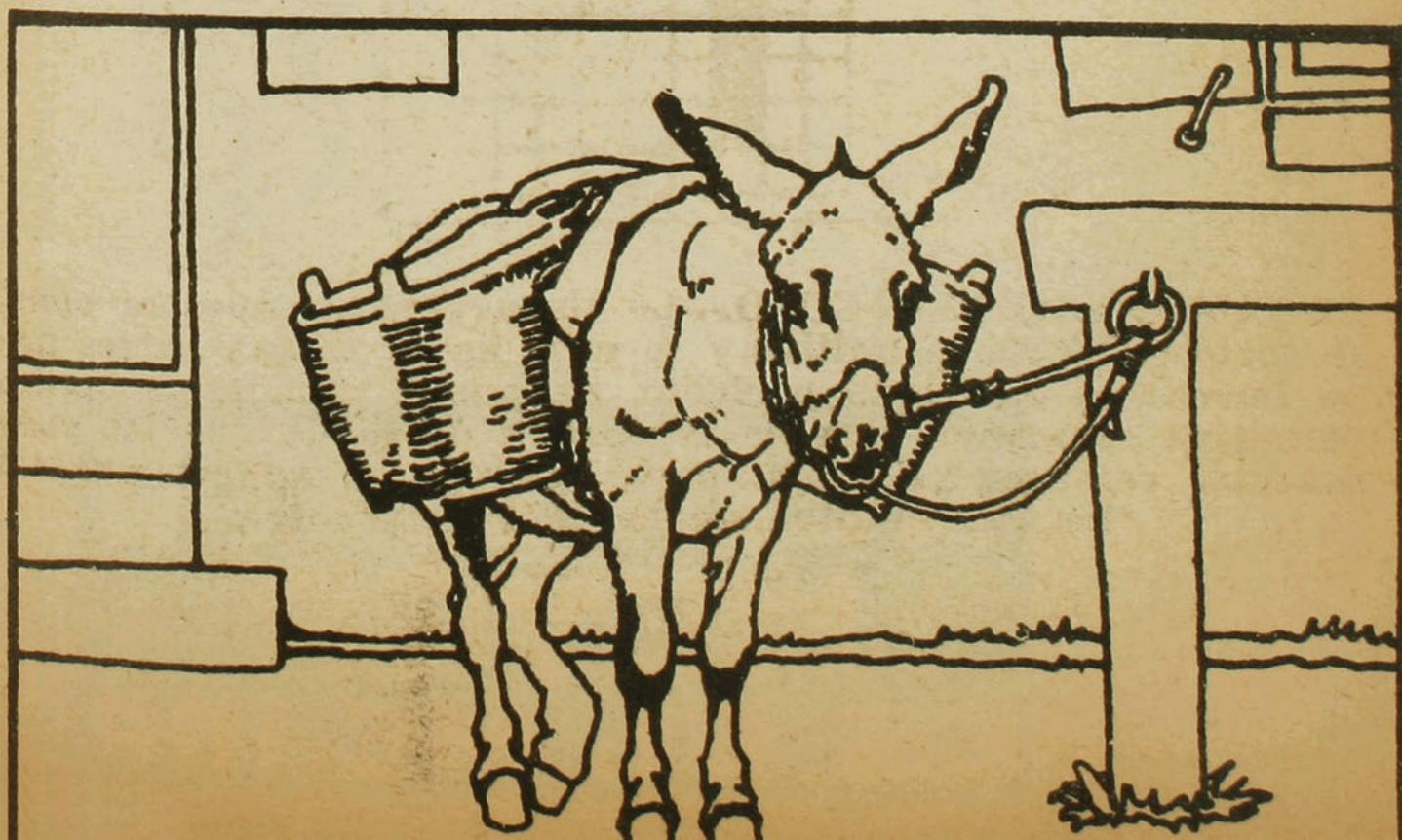
M. R.

CONCURSO DE PASCUA
N.º 3

Una serie de 5 cupones dará derecho a un número.

EL CANJE DE CUPONES

comenzará el 1.º de septiembre próximo. ¡Empiece a juntarlos desde ahora!





Erella es-
cribien-
do «La
Araucana»

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**